

BECKOMBERGA

Oda a mi familia

Sara Stridsberg



BECKOMBERGA
Oda a mi familia
Sara Stridsberg

Nørdicalibros
2019

Traducción de
Carmen Montes

Título original: *Beckomberga - Ode till min familj*

Agradecemos la ayuda de Swedish Arts Council
para la traducción de este libro

© Sara Stridsberg 2014

Publicado por acuerdo con Hedlund Agency

© De la traducción: Carmen Montes Cano

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P - CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: mayo de 2019

ISBN: 978-84-17651-59-6

Depósito Legal: M-14702-2019

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos (Salamanca)



Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Un ave marina de color blanco recorre flotando solitaria las galerías de Stora Mans, el pabellón masculino de Beckomberga. Es grande y reluciente y, en el sueño, yo corro para tratar de atraparla, pero no logro darle alcance antes de que salga volando por una ventana rota y desaparezca en la noche.

El último paciente (Olof)

Es junto al mástil de la radio de la estación de Spånga, final del invierno de 1995. Un paisaje invernal solitario y rígido se extiende ante él mientras va trepando por el mástil expuesto a los gélidos vientos. Tiene el cuerpo viejo y frágil, pero, por dentro, él se siente joven y está lleno de vigor. Mantiene la vista fija en las manos para no sufrir vértigo y la noche es clara a su alrededor, las puntas de alfiler que son los orificios de las estrellas a través de los cuales penetra la luz procedente de otro mundo, un destello intenso que brilla detrás de lo negro, una promesa de algo distinto, un resplandor capaz de iluminar y de velar por él en lugar de esta oscuridad fría y húmeda que siempre lo ha rodeado: un sol gris, un rayo de sol gris granulado. En el horizonte, la primera luz débil, palpitante, una franja atmosférica estrecha rosa y oro y, unos kilómetros más allá, está esperándolo su cama en un dormitorio de Beckomberga, vacía y vestida de limpio al lado de otras camas en cuyas sábanas descansaron un día las sombras de cuerpos blandos, durmientes y desprotegidos. Ya no queda ninguno.

Un buen rato se queda en lo alto, en el voladizo, y contempla la ciudad apagada y las escasas luces blancas en

la noche. Luego se quita la chaqueta y el jersey grueso, el gorro negro del hospital y las gafas, lo deja todo a su lado en un pulcro montoncillo. El mundo se extiende a sus pies, un cobertor de casas y de calles y de personas que respiran como un único pulmón humano saludable y limpio y sereno, pero aquí no hay ningún futuro para él, nunca lo ha habido, él siempre ha vagado solo, con la marca de la enfermedad como un dibujo repujado bajo la piel, visible para todos salvo para él mismo. Cada vez que se ha acercado a una muchacha ella se ha retraído asustada y cada vez que le ha tendido la mano a alguien lo han interpretado como un gesto de hostilidad y lo han vuelto a trasladar al hospital. Una reja invisible extendida entre el mundo y él, con rostros mudos ellos le han dado la espalda, eso ha hecho que tenga miedo a las personas y ha ido retrayéndose y manteniéndose cada vez más apartado. No hay nadie que vaya a echarlo de menos en el mundo, esa grisura inmanejable, no cuenta con nada en particular que lo arraigue a nadie en particular, nunca ha estado desnudo con nadie, nunca ha conmovido a nadie, es como si hubiera ido avanzando bajo un ardor de oscuridad, ninguna deuda, ningún lazo con las personas, solo esa reja, esas cadenas invisibles que lo retienen y hacen de él un hombre solo.

Y cuando la enfermera atraviesa los dormitorios vacíos y enciende las lámparas diurnas de la última sección del pabellón masculino de Stora Mans, se lanza a la noche con un único deseo, que algo lo lleve, una mano o un vien-

to, que algo lo mantenga en el mundo, pero no es más que un fardo que va dando vueltas, que gira varias veces en el aire antes de alejarse rodando por encima del filo del mundo, y cae a la tierra y se hace trizas.

Los últimos meses que ha pasado en Beckomberga le han dado permiso para salir solo, pero él nunca usa esos permisos, sino que se pasa los días junto a la ventana mirando los árboles, ni una sola vez sale al jardín a pasear con los demás. Deja de encender el globo terráqueo que durante muchos años ha tenido al lado de la cama, y la víspera del día en que va a dejar el hospital, después de la consulta del alta con el doctor Janowski, se para delante del cuarto de la enfermera de planta con la gorra y la americana encima del pijama y le comunica que va a salir unas horas a recoger flores. («¿Recoger flores en febrero?»). Él desaparece y no vuelve por la tarde ni tampoco al día siguiente. Unos días después, hallan el cuerpo sin vida debajo del mástil de la radio, una mujer que va paseando por la zona con un perro lo encuentra allí sobre el césped amarillo del año anterior, tendido con el pijama de rayas, la cabeza aplastada y escarcha en la ropa.

I

La primera conversación

—He visto en el periódico que ha muerto Edvard Winterson —dice Jim, sentado en el círculo de luz de mi flexo en la calle Jungfrugatan, y manosea un recorte de periódico, es una necrológica—. El jefe médico de mi sección en Beckomberga. ¿Te acuerdas de él, Jackie?

Las estrellas se encienden en el cielo una tras otra mientras hablamos, una hilera de perlas sobre el profundo azul, es la luz sorda, vertiginosa de las estrellas nocturnas, y claro que me acuerdo de Edvard, solía estar a la entrada de Stora Mans fumándose un cigarro al atardecer, una guirnalda de humo en la luz gris, su amplia sonrisa cuando vio a Jim, aquella vez que me quedé dormida en el tapizado desvaído del asiento trasero de su coche, cuando me llevó a casa desde el hospital.

A la suave luz de la lámpara, Jim me cuenta que, cuando estaba ingresado en Beckomberga, solía ir con Edvard Winterson en su Mercedes plateado a fiestas nocturnas en el barrio de Östermalm. A la puesta del sol lo recogían en su sección y luego cruzaban por el paseo de tilos y continuaban en dirección a la ciudad que se iba apagando,

aquella ciudad que un día fue su vida. Edvard Winterson llevaba ropa de calle para él, una camisa limpia, vaqueros y chaqueta, que esperaban en la carrocería del coche en una pila ordenada, y cuando cruzaban la verja del hospital, ya tenía una copa y un cigarro en la mano.

—Edvard era un hombre fabuloso —dice Jim, y se ríe—, y él también estaba completamente loco. Nos enamoramos de la misma mujer. Sabina. ¿Te acuerdas de ella? Era un ser salvaje, y como Edvard no era más que un niño rico de Östermalm, no tenía ni idea de cómo tratarla.

Unos restos de nubes rezagadas avanzan por ese grabado desbordante que es el cielo esta primera tarde de invierno en la que Jim viene a verme y me habla de Beckomberga. Está de visita en Estocolmo, dentro de unos días vuelve a Cariño, la casa que tiene en el Atlántico. El latir de las últimas venillas rojas del sol y los bucles del humo de tabaco que abandonan sus labios mientras habla me hacen pensar en la niebla que se extendía sobre la zona cuando Lone y yo fuimos allí por primera vez para hacerle una visita, el humo de la nieve entre los edificios.

Todo estaba helado a nuestro alrededor, mientras caminábamos por los estrechos paseos asfaltados tratando de leer los letreros. Parecía que alguien hubiera cortado la corteza de los troncos empapados, y aún puedo oír los gritos de las urracas rebotando entre los edificios de aquel patio similar a un cuartel cuando corríamos a toda prisa hacia Stora Mans. Lone con un abrigo rojo claro y unas botas, algo inclinada hacia delante, agarrando fuerte las solapas del cuello con las manos. Parecía que estuviera atravesando una tormenta. El semblante pálido de Jim, sin sonrisa, tenía la mirada apagada y le temblaban tanto las manos

mientras trataba de encender un cigarro que tuvo que rendirse y guardarlo otra vez. Lone, que en realidad había dejado de fumar, echó mano del paquete y se lo encendió, uno para él y otro para sí misma, y dio unas cuantas caladas rápidas sin tragarse el humo antes de aplastar el cigarro con el tacón de la bota.

Jim: Lo había intentado muchas veces con anterioridad, pero nunca demasiado en serio. Muchas veces me encontraba con la cabeza metida en el horno de gas de Lone cuando ella llegaba del trabajo. Un ramo de rosas en la mesa de la cocina y a encender el gas. Era un experimento. En esta ocasión fue como estar en caída libre. Iba cayendo y luego seguí cayendo sin cesar.

Los amigos de Jim en el hospital lo llamaban Jimmie Darling, y al cabo de un tiempo, yo también empecé a llamarlo Jimmie Darling cuando nos sentábamos junto con los demás pacientes en la breve pendiente rodeada de abedules jóvenes. El humo de los cigarros, que ascendía hacia el cielo, era señales de humo para quienes se encontraban al otro lado de la valla, un saludo nuestro al mundo de allá fuera. Yo juntaba colillas, que les daba a Jim y a Sabina, y más tarde a Paul.

—¿Jimmie Darling?

—Sí.

—¿Te vas a poner bien?

—No lo sé, Jackie.

—¿No quieres ponerte bien?

—Yo ya no sé lo que quiero, ya no sé lo que significa eso, lo que significa estar bien. Y aquí me siento en casa, más en casa de lo que me había sentido hasta ahora en ningún otro lugar. Las personas son distintas aquí, no tienen nada, y eso lo he aprendido aquí, que no importa lo que uno tiene ni dónde vive. Al final, todos somos iguales, no hay forma de protegerse.

—¿De protegerse de qué?

—No lo sé. De la soledad..., del precipicio interior.

—O sea, que no vas a volver, ¿no?

—Todavía no lo sé, Jackie. Tú no me esperes.

Sabina está tumbada boca abajo en la hierba negra que hay delante de la capilla, con un libro abierto.

—Todo lo que pido es libertad —dice, y levanta la vista hacia mí, y se le abren las pupilas a pesar de la intensidad del sol, hasta que lo único que queda del ojo es tinta negra y dolor puro—. Y cuando me niegan la libertad, como hacen siempre, yo me la tomo de todos modos.

Nunca olvidaré sus ojos, cómo se dilataban y se contraían a aquella luz tan fuerte bajo los árboles de Beckomberga. Ojos grandes, oscuros e inmóviles en su rostro, rígidos por las medicinas y el alcohol. Durante mucho tiempo ella fue mi imagen del futuro, ahora ya no sé. Una tarde que estoy en la ventana de la sección 6 la veo correr pendiente abajo junto a los abedules que hay detrás de Stora Mans, seguida de Edvard. Al llegar al gran roble, él le da alcance y tira de ella hacia abajo hasta la hierba, le arranca el collar y las perlas salen volando por el aire, como una cascada de agua, como gotas de lluvia de color azul.

Me paso meses encontrando perlas en la hierba, debajo del roble. Azul aciano, índigo, azul intenso, azul cielo... Y se van quedando cada vez más deslucidas, algunas perlas han perdido el color por completo, se han quedado como el marfil, incoloras. Primero pienso en devolverlas, pero resulta que no hay nadie a quien dejárselas.

Jim parece un niño viejo allí sentado, hundido en el sillón de un modo que parece que el asiento fuera enorme, con las piernas huesudas extendidas de cualquier manera. El sillón es una de las pocas cosas que quedan de Vita y Henrik, todo lo demás se ha perdido, lo vendieron hace mucho, cuando Jim necesitaba dinero. En las fotografías ellos van siendo cada vez más jóvenes a medida que nosotros envejecemos. Vita no tenía ni cuarenta cuando se marchó, un poco más joven de lo que yo soy ahora, y sus ojos siguen irradiando luz en las viejas fotos en blanco y negro de la boda.

Nadie creyó nunca que Jim iba a envejecer, claro. Siempre ha estado fuera del tiempo y ha vivido según sus propias reglas, como un niño grande ingobernable y peligroso, y siempre ha amado la muerte demasiado para que alguien pudiera imaginarse a un Jim envejecido. A veces pienso que Jim no tiene fotos de la vida posterior a la juventud, del envejecimiento, él siempre ha hecho lo que le ha venido en gana, siempre ha seguido todos los impulsos e instintos: ha mentado, engañado, bebido, abandonado; no creo que haya querido a nadie nunca. Ni a mí ni a mis hermanastros, quizá ni siquiera a Lone.

—Venga ya, Jackie —dice, olvidando que el año que viene cumple setenta—. Yo nunca me haré viejo. He llevado una vida demasiado dura. Y nunca he querido vivir. No de verdad. No como tú.

Otra vez ha decidido morirse, lo comunica sin ambages en cuanto entra por la puerta del piso de Jungfrugatan. «No quiero hacerme viejo, Jackie. Ya no hay nada por lo que seguir viviendo». Ha venido a Estocolmo para despedirse de mí y de Marion. Dentro de unos meses nadará mar adentro desde la pequeña bahía del norte de España. Ha guardado una caja de somníferos de la marca Imovane y me ha pedido la bendición, y yo se la he dado, puesto que suelo darle lo que me pide. Siempre me he quedado muda ante su presencia, es como si todos los pensamientos se destruyeran dentro de mí.

—Haz lo que quieras, Jim —le digo sin más—. Es lo que has hecho siempre.